

no pecar yo mas: Dejo á la discrecion el peso de estas palabras.

## CAP. XXVI.

Entra con su Compañero en los Apostatas Choles del Manché, donde dexó reedificadas ocho Iglesias.

Quando la Caridad llega á aquel grado de perfeccion altissima, que señaló el Divino Oraculo, diciendo: Ninguno tiene mayor Caridad, que hasta exponer, y dar la vida por el amigo, es llegar la Caridad al grado heroico. Era tanto el deseo en este Varon Apostolico de derramar su sangre en defensa de las verdades Catholicas, y ofrecer al Amado de su Alma la vida en las Aras del Martirio, que no perdía ocasion de las que le parecían oportunas, para la consecucion de tan deseado fin. Tenia por muerte indigna de un hombre, que conoce la bondad de Dios, y la ama con ternura, morir de muerte fea, y á sangre fria, como es la que ocasionan las molestias, y perezosas lentitudes de las naturales dolencias. Aviendo reducido los Pueblos de la Vera-Paz á la deseada concordia, tuvo noticia de que muchos de sus antiguos moradores estaban fugitivos, y apostatas de la Fé, en las Montañas del Manché, entre los Indios Choles; y que avia veinte años, que se mantenían sin doctrina, viviendo como Arabes, sin querer sujetarse á los Ministros, que antes avian tenido. Enderezó su viage con el V. Fr. Antonio, y algunos pocos Indios, que quisieron acompañarle; y á costa de imponderables trabajos, llegó á dar vista á los fugitivos; y con la eficacia de sus razones, los redujo á la Fé, que prometieron en el santo Bautismo; y bauti-

zaron de nuevo, crecido numero de Infieles; deteniéndose en esta empresa mas tiempo del que imaginaban, y tolerando hambres, y descomodidades grandes, con peligro manifesto de la vida: pues como se lee en la Chronica nuevamente impresa de Guatemala, hubo veces, que los tuvieron detraídos, arados á un palo dia, y noche, cundiéndolos de azotes, y sentenciados á ser flechados; de q̄ los libró el Señor por camino bien impensado; y esto se supo, no de los Padres, sino de los Indios vecinos. Todo este cumulo de trabajos, se les hizo tolerable; porque reconociendo la virtud poderosa del Señor, manifesta en la invicta constancia de Fr. Melchor, y su esforzado Compañero, se dieron á partido, y trataron de congregarse en Pueblos; para lo qual formaron ocho Iglesias, con la cordada, y pobreza, que deja conocerse, en parages tan remotos, y faltos de todo lo necesario; y se mantuvieron en estas nuevas Conversiones, hasta tenerlos enteramente reducidos.

Estas Gentes del Manché, segun las describe el P. M. Fr. Antonio de Remesal, viven en tierras tan asperas, que es preciso transitar por caminos tan malos, que son los peores de todas las Indias, y es necesario pasar un Rio tan caudaloso, que se divide en seis brazos, que cuesta mucha dificultad el vadearlo. Despues se encuentra un Cerro tan eminente, que apenas se puede subir á pie. A este Cerro alto tenian los Indios por cosa divina, y como á tal, sobre una piedra, que estaba en la eminencia, le ofrecian sacrificios, derramando sobre ella sangre humana, pidiéndole favor, y ayuda contra los enemigos que passasen por él. Segun lo que se averiguó en aquellos primeros tiempos, no encontraron los Hijos de N. G. P. Santo Domingo, que fueron los primeros q̄

en-

entraron á estos Barbaros en los Choles, Idolos de piedra, ni otra materia solida, y solo hallaron en una como plaza, hecho como un Sacrificadero de piedras, y barro, labrado toscamente, de hechura redonda, y de una brazza de diametro. Aquí hacian sus sacrificios, que eran, quemar unas Candelas de cera negra, y theas; y algunas veces sacrificaban gallinas, y otros pajaros; y á sí mismos se solian sacar sangre de la lengua, orejas, y sienas, molledos de los brazos, y otras partes. Preguntados, que pues no tenían Idolos, á quien ofrecian aquellos sacrificios? Respondieron, que á los Montes, y Sierras muy altas, y fragorosas, y á los passos peligrosos, y encrucijadas de los caminos, y á los grandes remansos de los Rios; porque entendian, y estaban creídos, que por estos vivian, y se multiplicaban; y que de allí les venia todo el sustento, y las cosas necesarias para la vida humana. El mismo R. P. Remesal, hace relacion de que en esta tierra de Manché aparecieron dos demonios, en forma humana, diciendoles, que si recibian á los Padres, avian de morir todos sin remedio. En otra ocasion, que se despidió un rayo de una espesa nube, se atemorizó tanto el Cacique principal, que estuvieron para quitar la vida á los Padres por solo este acaso.

Con lo dicho, podrá hacerse juicio del linage de Gentes, tan poco firmes, y estables en las cosas tocantes á la Fé; y quanto le costaria al V. Fr. Melchor con su Compañero, poner en orden, y concierto los ocho Pueblos, q̄ quedan insinuados, y se mantuvieron despues sujetos á la doctrina de sus primeros Ministros, que lo eran los Hijos de N. P. Santo Domingo; y vivian tan unidos en caridad con nuestros dos Misioneros, que lo que ellos hacian, eran sin diferencia comun á unos, y á otros; porque todos mira-

ban como fin ultimado la mayor gloria de Dios en la salvacion de las almas. Al tiempo mismo, que se hallaban tan bien ocupados, les llegó una Carta del Alcalde mayor de la Ciudad de Cobán, con otra de los RR. PP. Dominicos de la Vera-Paz, en q̄ les suplicaban viniessen, para determinar una nueva entrada, y Mission en los Indios Lacandones; por quanto esperaban, que su zelo Apostolico sujetasse aquella Nacion Barbara, que era el horror de todas aquellas Montañas, y por sus crueldades, eran temidos de todos los Indios Christianos, hasta la Provincia de Chiapa, en donde muchos años antes avian quemado las Iglesias; y sacrificado muchos Niños innocentes sobre los Altares; y sacandoles los corazones al pie de las Cruces, con la reciente sangre ungian con oprobrio execrable, las Imagenes de los Templos. Para esta dificultosa empresa, se ofrecieron voluntariamente algunos Indios Christianos de Cobán, para servirles de guia; y acompañarlos, y puesta en Dios toda su confianza, se fueron empujando en los asperos Riscos, y poco traginadas Montañas del Lacandon. Con el deseo que tenia Fr. Melchor de rescatar aquellas Almas engañadas del demonio, procuraba no perder dia en esta jornada; y por mas que alentaba á los Indios Compañeros; estos, ó arrepentidos de su primera resolucion, ó temiendo la crueldad de los Lacandones, les iban dilatando el viage, llevandolos por rodeos, de una parte á otra: y en este circulo que iban haciendo por las margenes de los Rios, gastó infructuosamente seis meses, fingiendo, no acertaban con el camino; y todo esto hacian, pensando, q̄ aburridos los Padres de tanto caminar, se bolvieran á tierra de Christianos.

En tanta dilacion, era precisa la penuria del sustento en los pobres de

Rrrr 2

Jesu-

Jesu-Christo, q no llevaban mas providencia, que un poco de maiz; cuyos granos cocidos, les ayudaba à mantener la vida; y muchas veces les faltò este escaso alimento, y se vieron precisados à comer algunos palmitos, y frutas sylvestres, por no producir otro socorro aquella aspera montaña. Tal vez pescaban los Indios algun Pez, q repartido entre todos, mas era refinar la hambre, q remediar la necesidad. En tanto apricto, discurrían, que medio tomar para el sustento; y les pareció conveniente, embiar algunos de los Indios mansos à buscar en los Pueblos mas cercanos algun socorro. Estos, hacían lo que el Querbo, que embió el Santo Noè desde la Arca, pues iban, y no bolvian, dejando à los Padres en manifesto peligro de percer à violencias de la hambre, pues no les quedaba, en lo humano, otro socorro. Viendo que los primeros no bolvian, embiaron otros mensajeros, q quando mas presto, bolvian con un poco de maiz, à los treinta, ó quarta dias. Dos veces, como dejó escrito el V. P. Margil, hicieron la Quarentena; pasándose estos ochenta dias à las orillas de un Rio, engañando la vida cò yerbas, y conchas de las orillas; y en cada una de estas dos ocasiones, dice el mismo Padre, llegó el santo Viejo à estar en los huesos, de hambre; porque no avia mas q palmitos, y à veces no se hallaban en los parajes. Huviera desfallecido el Venerable Anciano à manos de la necesidad, si el Señor no huviese proveido de oportuno remedio, tanto mas estimable, quanto menos esperado. Al tiempo mismo, que ya llegaba la necesidad à lo estremo, vieron venir por el mismo Rio una Canoa, guiada de un Indio Christiano, que era embiado de los Padres Doctrineros nuestros carísimos Hermanos, y remitían con él una porción de maiz, y provison de Hostias, para

que celebra sèn el Santo Sacrificio de la Misa. Admitieron cò ternura aquel limitado socorro, y dieron gracias al Señor, por averulado con ellos de esta misericordia.

Con la ocasion de aver venido esta Canoa tan à tiempo, determinó Fr. Melchor, que se fuesse en compañía del Indio su amado Fr. Antonio hasta la casa de un Cazique, q vivia cercano à Cobàn, para solicitar les diesen nuevas guias, por averse ausentado las que avian traído; y como este Indio principal era buen Christiano, y amaba tiernísimamente à los Padres, se indignó contra los q los avian desamparado; y prometió no quedarian sin castigo, despues q el huviesse bueltimero necesario; y cò la mayor presteza q pudo, se fue con el P. Fr. Antonio para la Montaña, y hallaron al V. Fr. Melchor en el mismo sitio donde lo avian dejado; y quien puede dudar, que en todo este tiempo que se quedó solo, se ocuparia en altísima Oracion, fervientes lagrimas, y ardièntes suspiros, para que se le facilitasse la entrada en los Lacandones; y que se rescata sèn del cautiverio del demonio tantas almas perdidas? Dieronse los parabienes los dos amantes Misioneros, de ver, que llegaba ya lo q tanto avian deseado; y el V. Fr. Melchor estrechó entre sus brazos, con lagrimas de regozijo, al devoto Cazique, por el Christiano zelo con que venia à acompañarles, prometiendole de parte de Dios, no se quedaria sin premio del trabajo que tomaba, en ser Coadjutor de sus Ministros. Partieron los Padres con nueve Indios que les servian de Conductores, y de Interpretes; y sin reparar en las fatigas de tan aspero camino, iban pasando Montes, y saltando Callados, hasta

lle-

llegar à la tierra de los Barbaros Lacandones, que segun la relacion, que quedó de esta trabajosa jornada, no encontraron en aquellos Montes ninguno de ellos, de quienes tomar razon del sitio donde estaban las Poblaciones, ni hallaron vestigios de Rancherías, ó simenteras, que suele ser lo primero que se encuentra de las Naciones Gentiles, que viven con alguna politica, como era esta que buscaban.

Despues de los seis meses, que passaron desde que salieron de la Ciudad de Cobàn, llegaron los dos Padres al primer Pueblo grande de los Lacandones, llevando por guia el Indio Cazique, q se les ofreció comedido, cò los otros ocho de su Nacion. Lunes, ó Martes de Carnestolendas, del año de noventa y quatro, como à las nueve y media, entraron à la Poblacion; y estando los Indios Lacandones à las puertas de sus casas, no repararon en los Padres, hasta que ya estaban en medio de la Plaza. Aronitos, los Gentiles de tan impensada novedad, fue tal el susto que recibieron à verlos, que desfavoridos, sin mas consejo, que el que dà un temor no prevenido, desampararon el Pueblo, que era de mas de cien casas, y se huyeron al Monte à buscar el amparo de las Fieras, siendo fieras mas indomita la obstinacion de sus pechos. Quedaron solo en el Pueblo unas mugeres ancianas, à quienes por menos vigorosas, ó por mas envejecidas en diabolicas mañas, ocupó el pafmo, desuerte, que comò extaticas, se quedaron sin poderse mover. Fueronse regobrando los fugitivos; y reconociendo ser tan corto el numero de aquellos estrangeros, bajaron del mote, y se fueron entredando en la espera de sus dañados intentos. Acometieron de tropel con mano armada, dando golpes à los Indios Christianos,

porque se avian atrevido à entrar sin avilar en sus tierras; y despues desfogaron sus iras sobre los Apostolicos Misioneros, dandoles empellones, les rompian los Abitos, desconfiendoles à tirones sus pobres remjendos, y tratandolos con la barbaridad que les sugeria el demonio. Hicieron sacò en los trapecillos pobres de los Indios mansos, y luego dieron sobre el Ornamento, registrando una por una las Sagradas Vestiduras; y entretenidos en verlas, y compartirlas entre sí, dieron lugar à que llegaran los Caziques, q aun siendo Barbaros, anduvieron còpassivos, defendiendo de la Plebe à los Misioneros. Lo que se siguió, se dirà en el Capitulo siguiente.

## CAP. XXVII.

Peligros en que estuvo de perder la vida entre los Barbaros; y un castigo exemplar conque Dios bolvió por la honra de su Ministro.

CON las persuaciones, y respecto de los Caziques, se fue fofsegando la Plebe; y preguntaron, que que les avia movido à entrar en sus tierras? A que respondieron por los Interpretes: que su intento era, hiciesen pazes con Dios, con el Rey de España, y cò los Indios de Cobàn, cò los cuales avian tenido antes muy cruda guerra. Viendo àquéllos Barbaros que venian de paz, y que no trahian armas para su defensa, les dieron una Casa para su Hospicio, y los regalaron à su usanza, bolviendoles el Ornamento que ya se avian llevado. Pusieron los Padres su Altar, esperando por instantes la muerte, conque por cinco dias los estaban amenazando. Hacían escaramuzas, y danzas, como es costumbre entre ellos, para pre-

Ssss

ve-

venir con bayles la muerte de los Inocentes, que para su voracidad es el día mas festivo. En todos estos cinco días no les dieron alimento; y huvieran fallecido de hambre, si una India Gentil, no los huviera ocultamente socorrido. Tocaban à los Misioneros, para ver si estaban en buenas carnes, para cebar su brutal apetito; y llegando à palpar los pies del V. Fr. Melchor, que de mas de lo anciano, con los síncios, y penitencias, estaba llagado, y hecho un esqueleto; como despreciando sus carnes para alimento, prorumpió en estas voces: ESTE, PODRIDO. Tocando al V. P. Margil, que aunque tan estenuado, estaba mas mozo, y robusto, decian, aludiendo à su maldita intencion: ESTE, BUENO. Oídos que tal oían! Solo el llegar à los nuestros, se llena de horror el animo. Admirante los Barbaros à el ver su costancia, y magnanimidad, y les ponian la mano sobre el corazon, haciendo del temor anatomía; teniendo por cierto, que si cò aceleracion palpataba, tenian miedo; y con esto, sin mas causa, los matarian. Quiso Dios que estuviesen tan sossegados, que no pudieran por esta parte descubrir el indicante q̄ buscaban; porq̄ no teme quien pone en Dios su esperanza.

Viendo aquellos Idolatras, que por este medio no podian satisfacer à su gula, recurrieron à la Junta infernal de sus Idolos, con sus bayles diabolicos, pidiendoles les fuesen propicios, para que perdieesen la vida de la alma, los que tan poco segura tenian la del cuerpo. Pusieronlos delante unos Idolos, y les mandaron con imperio, que los adorassen; porque si no lo hiciesen, al punto les quitarian las vidas. Intrepido el P. Fr. Melchor, quanto sentido del agravio que hacian à nuestro Dios verdadero, con adorar aquellas falsas deidades, tomando en las manos el devoto Crucifixo, que

tenia à mano sobre el Altar, como otro Elias cò los falsos Profetas, brotando llamas por palabras, les dixo: Hijos, à lo que venimos es, à sacaros del engaño en que os tienen los demonios, à quienes adorais en estos Idolos. No ay mas que un Dios, Criador del Cielo, y de la tierra, à esse solo se le deben adoraciones rendidas, no à estos Idolos, conque os engaña el demonio. Adorad à Dios, y fálid de vuestra ceguedad, si no queris experimentar su Justicia, y ser tizonas del infierno. Quando los Padres pensaban, q̄ ya con esto era llegada la hora de su muerte, por aver ultrajado los Idolos, vieron, por divina permission, tan trocados los animos, que hablando el Cazique mas anciano, dixo à los demás: Arrimad estos Idolos, y hagamos experiencia para ver si es verdad lo q̄ decís. Vaya uno de vosotros con alguno de los nuestros, à Cobán; y si nos reciben bien, es señal que venis de paz, y con buen corazon, solo motivados de la salvacion de nuestras almas. Con esto serémos todos Hermanos, y Christianos; pero si no, conocerémos, q̄ nos engañais. Esta fue la propuesta del Indio, que saben estos discurrir bien para sus conveniencias; pues no se fiaró de que fuesen los suyos, sin que quedasse prenda segura en uno de los Padres. Resolvióse à quedar entre ellos el P. Fr. Melchor, y que el P. Fr. Antonio fuesse à Cobán, cò doce Indios Lacandones, despidiendose cò ternura los dos amantes Compañeros.

Partió el P. Fr. Antonio con los doce Indios, que eran de los principales entre los Lacandones, y à largas jornadas llegaron en quince días à la Ciudad de Cobán, que le recibió con notable gusto, y admiracion, esmerandose el Corregidor, y los Religiosísimos Padres, verdaderos Hijos de N. G. P. Santo Domingo, que no acaba-

baban de persuadirse à lo mismo que mitaban sus ojos; puesto que veian venir, guiados del Pastor Apostolico, como manías Ovejas, los que siempre se avian mostrado ser en todas sus acciones sangrientos, y carniceros Lobos. Procuraron los Religiosos agafajar à los Lacandones con quantas caricias hace un Padre à un hijo muy querido; y el Corregidor con los Nobles Ciudadanos, mostraron su Christianidad, vistiendolos, regalandolos, y dandoles cosas para ellos muy estimables, como eran hachas, cuchillos, y otras bugerías, que llevassen à su tierra, para que aquella indomita Nacion reconociese, que los Españoles no desechaban otra cosa mas que su reduccion à la Fè, y el que se sujetassen à la obediencia de su Rey, y Señor. Cò toda esta prosperidad corrian las cosas de la embajada del V. Fr. Antonio, y al mismo tiempo, por los inexcrutables juicios de Dios, se convirtió todo el gozo en amarguras, por el suceso siguiente. De los doce Indios Lacandones, que acompañaron al Venerable Margil comenzaron à enfermar, siendo de esto la causa, la mutacion de temple; porque la del Lacandón es Region calidissima, y lade Cobán muy fria, y humeda. De esta intemperie murieron unos en la Ciudad, aviendo tenido la dicha de ser bautizados ocho de ellos, y los que restaban, obligaron al P. Fr. Antonio à que se bolviessse, estando mal convalecidos; y fueron quedando enterrados por el camino. Solos dos murieron sin lograr el santo Bautifimo; y se discurió no avian merecido esta dicha, por los crueles homicidios, que se supo avian executado; pues el uno de ellos, años antes, avia sacado el corazon à un Christiano en un Monte; y estas dos muertes le costaron lagrimas inconfolables al Padre Fray Antonio por la perdicion de sus almas.

Mientras và caminando por la Montaña el P. Fr. Antonio, pide el hilo de la Historia, hacer relacion de lo que passaba entre los Lacandones con su Venerable Compañero. Todo el tiempo que se mantuvo solo, entre aquellos Barbaros, tragó tantas muertes como eran los sústos, y amenazas, que le hacian, en particular de noche, que es el tiempo en que velaban, celebrando cò grandes fuegos à sus Idolos, y ofreciendoles sangre de gallinas de la tierra, baylando, y cantando, al son de unas trompas tan sencillas, y tristes, que bien daban con ellas à conocer ser instrumentos de las músicas infernales. Procuraba el bendito Padre irles instruyendo en nuestra Santa Ley, por medio de los dos Indios Christianos, que se quedaron con él; mas de todo se burlaban, y reian; aunque por otra parte asistían, quando cantaba el Alabado, ó rezaba el santo Rosario; porque este genero de Infieles, para cosas exteriores, no muestran repugnancia, como no les toquen à lo vivo de sus idolatrias, ó de sus derrotadas costumbres. Algunos mas dociles, y entre ellos uno, que avian cautivado de ocho años, y era Christiano, asistía mas de ordinario à las cosas de devocion; pero todo el demás resto del Pueblo, cada dia se mostraba mas obstinado. Viendo, pues, el V. Fr. Melchor la terquedad, y dureza de los Idolatras, el dia dos de Abril, Viernes, dedicado à las tiernas memorias de los Dolores de MARIA Santissima, à las cinco de la tarde, que era puntualmente la hora en que se juntaban los Idolatras à hacer sus sacrificios, herido con el dolor de ver en tal día, malograda la Sangre q̄ en la Cruz vertió el Cordero Divino por redimirlos, tomó una Cruz pequeña en la mano, y con los Indios Christianos se fue à la Plaza del Pueblo, para predicarles contra sus idolatricos sacrificios.

En medio de esta Plaza estaba colocado el sacrilego Templo, en que se veía un nicho muy capaz, y enfrente, muy bien pintados, dos grandes bráseros, y en la grada de tierra otros quatro mas pequeños, sobre los quales encendían sus fuegos, y sacrificaban sahumeros á sus Idolos. Aquí quiso entrar el V. P. y le atajó los pasos uno de ellos con una lanza en la mano, y un aspecto de demonio, q̄ devia de ser el Sacerdote, ó Sacristán infernal. Con esta repulsa, haciendo Pulpito de unos maderos, que en la Plaza avia, comenzó á predicarles, detestando sus abominaciones, y haciendo que el Indio interprete les declarasse lo que el Padre decía; y viendo su obstinación, los amenazó con la ira de Dios, diciendoles: Fuego del Cielo há de abrasaros por rebeldes, y consumir vuestras casas por obstinados. A esta conminación, tomó un Indio Gentil un leño encendido, y mostrando del Padre, se lo daba, diciendo: Toma, Padre, quema el Pueblo. El Padre respondió: q̄ él no quemaba casas; pero que el Señor que murió en una Cruz como la que tenía en sus manos, era quien los avia de quemar. Quedaronse riendo los Indios, y el Padre se fue muy lloroso á su posada; y dentro de media hora comenzaron las voces, y lamentos: fuego, fuego, que nos abrasamos vivos. No lo creía el Padre, juzgando ser alguna ficción de los Barbaros: mas eran tales las voces, y alaridos, q̄ asomándose á la puerta, halló, que todo el Pueblo estaba ardiendo en llamas, y solo avian escapado del incendio, la casa en que decía Misa, y otras de las más distantes del Pueblo. Entre tanta confusión, unos acudían al Idolo, otros á favorecer sus casas, y muchos venían enfurecidos contra el Padre, culpándolo de motor del incendio; y fue mucho, que por vengar sus iras, no lo

pusieran como otro San Lorenzo sobre las brazas, porque les ataba el Señor las manos, y les servía de freno, no viniessen los Españoles á castigarlos, si le quitaban la vida al Apostólico Padre. Echaronle á empujones del Pueblo, sin escuchar sus razones.

Salió el Venerable Anciano con sus dos Indios, llevádo el Santo Crucifixo, y Ornamento, que era todo su aparato de camino; y aquella noche, se reclinó á la sombra de un Arbol, como una legua corta del Pueblo, no para dormir, sino para Orar, esperando á que amaneciese, para volver á predicar á aquellos Barbaros, q̄ en toda la noche no cesaron de ir, y venir en tropas, amenazándole de muerte si no se alejaba de sus tierras. Rayó la luz del Sol el día siguiente, y creció el susto por la nueva turbación que se levantó por el acaso siguiente. Dos de los Indios, que avian escapado con vida, y venían de Cobán con Fr. Antonio, se adelantaron á dar noticia á los del Pueblo, de la muerte de sus diez Compañeros; y esta triste nueva, junta con el voraz incendio, levantó tan confusiva gritería, que parecían clamores del infierno. Salieron muchos irritados de nuevo contra los Padres, y se fueron aquella noche á encontrar al Venerable Margil; y en vez de darle la bien venida, le saludaron con la fingida noticia de que ya avian muerto á su Compañero, y lo avian enterado; y que con él harían lo mismo, si no se bolvia por donde avia venido. Robaronle algunas hachas, y machetes que llevaba para los Caziques, y solo insistían en que no prosiguiese caminando adelante, porque no se encontrasse con el que le pintaban ya difunto. No se acobardó su constancia, antes sí, con santa emulación de la muerte que imaginaba de su Venerable Compañero, deseando acompañarle muerto, y vivo, dixo á los In-

dios

dios con intrepida resolución: Yo no me he volver sin mi Hermano: llevadme donde está su cuerpo sepultado, q̄ quiero estrecharle entre mis brazos; y ya q̄ no muera con él, lo llevaré á tierra de Christianos para darle sepultura. Fueronse los Indios sin poder doblar su firmeza, y el Padre prosiguió su camino en busca de su amante Compañero con los Indios manfos de Cobán; y ya lo estaba esperando el V. Fr. Melchor en aquel mismo sitio donde pasó la noche triste; porque los mismos Indios que le avia dicho á Fr. Antonio aver muerto á su Compañero, dixeró al Venerable Anciano, que dejaban muerto á Fr. Antonio en el camino, lo qual no creyó, pues en él con mayores motivos no lo avian executado.

## CAP. XXVIII.

Buelve el P. Fr. Melchor con su Compañero á entrar en el Pueblo; y vista la obstinación de los Lacandonnes, se retira á tierra de Christianos.

CON vivas ansias de saber el fin q̄ avia tenido su V. P. y Compañero, aligeró los pasos Fray Antonio, y á corta distancia encontró lo que deseaban ver sus ojos, y apenas creía lo mismo q̄ miraba. Levantóse del suelo el Venerable Anciano, y recibió en sus brazos al Hijo de su espíritu, como otro Jacob á su querido Joseph, á quienes sus ingratos hermanos avian publicado por muertos; y fue este tierno encuentro de tanta ternura para sus almas, que solo se explicaba su fino sentimiento con la muda eloquencia de lágrimas, y suspiros. Después de prorumpir en alabanzas del Señor, que tan maravilloso se obstenta en sus fieles Siervos, se dieron

razon uno á otro, de lo q̄ á cada uno avia sucedido. Para dar á Dios por todo las debidas gracias, formaron con gran presteza un pobre Altar, de las ramas, y troncos de aquel Desierto, y ambos ayudándose el uno al otro, celebraron el Santo Sacrificio de la Misa, para que confortados con este Pan, mejor que el Subcinericio del Profeta Elias, pudiesen hacer rostro á las tyránias de aquella Provincia del Lacandón, que no era otra cosa que una Jetabel Gentilica. Con nuevo esfuerzo, suspirando por la palma del martyrio, se entraron los Campeones Christianos en el Pueblo; y aunque con mucha mas violencia los repelian, no se daban por vencidos, y con entrañas de Padres, les pedían escuchasen sus razones; y que supiesen, que el aver muerto sus Compañeros, no avia sido culpa suya, ni de los Españoles de Cobán; pues los dos que avian escapado, podían referirles el agasajo, y caridad con que fueron todos recibidos; y q̄ no aviendo saltado á los tratados de paz, que ellos mismos propusieron, no tenían razon para no admitir la Fe de Jesu-Christo q̄ les proponían. Que el aver muerto aquellos diez, era cosa natural, y que cada día pasaba por todos, como ellos podían saber por la experiencia.

Por el sentimiento que mostraban, diciendo: que el Padre con sus Sermones les avia quemado el Pueblo; procuraban desengañarlos con la verdad del hecho; pues ellos mismos avian visto el globo de fuego, que bajó de lo alto, disparado de la mano de Dios, para q̄ con aquel castigo abriesen los ojos, y no fuesen á arder eternamente al fuego del infierno, que les esperaba, por aver dado adoración á los demonios. Todo esto era predicar en vano, porque se tapaban los oídos, como el Aspid; y en habiéndoles de Dios, y de la muerte de Christo, se ef-

Tit

can-

candalizaban, y blasfemando decian: q̄ no querian admitir el Dios de los Christianos, porque era muy bravo, y les mataba su gente, y embiaba fuego sobre sus casas: que mas querian sus Idolos, que avian tenido tantos años, y los querian mucho, porque ellos les daban de comer, y les mantenian sus hijos, y mugeres. Instaban los Padres: que aquellos dioses eran verdaderos demonios, que los engañaban con falsas conveniencias temporales para perderlos eternamente; y que sin el bautismo, ninguno podia entrar en el Cielo. Hallaban estas eficaces verdades tal resistencia en aquellos diamantinos corazones, que no pudieron recabar de ellos ni aún remotas esperanzas de poder à fuerza de paciencia reducirse. Otros tres dias repitieron los Varones Apostolicos la batería espiritual, valiéndose de quantos medios les dictó la caridad; y perdida la esperanza de que por entonces se lograsen sus sudores, se resolvieron à desampararlos, llorando muchas lagrimas por su proterbia, y ofreciendole al Señor el Sacrificio de no aver podido, aunque fuera à costa de su sangre, ver lograda en aquellas almas la que vertió su Magestad Humanada por redimir las. En estos dias, que se bolvian para Cobàn, les cogió la Semana Santa; y me persuado, que las circunstancias del tiempo darian lugar en aquellos Desiertos à que estos dos Amantes del Crucificado, lloraran con mas ternura su Passion dolorosa.

Aviendo llegado con los Indios amigos à la Ciudad de Cobàn, fueron recibidos con tanta alegría de sus moradores, que no es facil explicar el gozo que todos tuvieron, viendolos vivos, quando por las noticias q̄ ya tenian, los hacian muertos; y se tuvo por milagro huviesen escapado de tan evidentes peligros. Para no tener el V. Fr. Melchor ocioso un inf-

tante el ardor de su zelo, tendió la Red Evangelica con su insignie Compañero, predicando, y confesando en algunos Pueblos de la Vera-Paz, haciendo tiempo para pasar despues à Guatemala, y representar à la Real Audiencia todo lo sucedido en los Lacandones, y dar noticia de otras muchas Naciones, que podian reducirse, entrando los Ministros de Dios, amparados de las Armas de Nuestro Rey, y Señor; pues por este medio solo se podia conseguir el que una vez sujetos, por el temor, despues podian voluntariamente admitir la Fè, y entrar al gremio de la Iglesia por el santo Bautismo: experiencia ya practicada con felices successos de los primeros Ministros de esta Septentrional America. En medio de los trabajos, que avian pasado, quiso el Señor darles el consuelo de que estando en un Pueblo de Indios Choles, de los que se avian bajado de la Montaña, les llegaron quatro Missioneros, remitidos por el Guardian de este Santo Colegio, para que fuesen Coadjutores de sus Apostolicas empreñas; y por aver trabajado gloriosamente en aquel Reyno de Guatemala, es muy digno de que se sepan sus nombres. El mas antiguo era el P. Fr. Antonio Perera, uno de los primeros Fundadores del Colegio: los Padres Fr. Francisco de San Joseph, y Fr. Pablo Rebullida, q̄ vinieron en la segunda Mission, el año de 92. al Colegio. Otro fue el P. Fr. Pedro de la Concepcion, y Urtiaga, Professo, è Hijo del mismo Santo Colegio. Con demonstraciones muy caritativas los recibió el V. Fr. Melchor, que era à quien tocaba ser Presidente de todos, y se prometió con este nuevo socorro de Compañeros, serian mas abundantes las cosechas de almas para el Cielo, y se dilatara la Fè en toda la basta Gentilidad de aquel dilatado Reyno.

Juntos los seis Missioneros, despues de aver conferido lo que les pareció conveniente para el buen exito de las Missiones, reparando los nuevos Missioneros en que los Abitos de los Venerables Fr. Melchor, y Margil estaban cargados de remiendos, que no se sabía qual huviesse sido la primera tela, por averles servido mas de catorce años, sin remuda, dieron providencia de vestirlos de nuevo, con un Abito que llevaba para sí el P. Fr. Francisco de San Joseph; y este, para que se acomodase con el V. Fr. Melchor, fue necesario se lo pidiesen cõ instancia todos los Compañeros. Al P. Fr. Antonio dieron el Abito que llevaba un Hermano Donado, y una Capilla que llevaba suelta, uno de los Missioneros. Dixerón, con asistencia de todos, una Missa del Espíritu Santo, para que les diese acierto, y señalase à cada uno las Provincias en que avian de ocuparse para la Conversion de los Gentiles. Echaron suertes, y tocó al P. Fr. Melchor ir à la Talamanca con el P. Fr. Antonio Perera, y Fr. Francisco de S. Joseph. Al P. Fr. Antonio Margil, le cupo en suerte la Montaña del Chol, con los Padres Fr. Pablo Rebullida, y Fray Pedro de la Concepcion, y Urtiaga. Estando cada uno con animo pronto para partirse adonde le tocaba, les pareció conveniente el ir todos juntos à Guatemala para presentar una Carta q̄ remitía el Guardian de la Santissima Cruz, para el Sr. Presidente de aquella Real Audiencia. Llegaron en breves dias à Guatemala, y se fueron derechos à dar la Obediencia al Prelado de nuestro Convento, q̄ con toda su Sagrada Comunidad los recibió como à verdaderos Hijos de N. P. S. Francisco. Despues de aver visitado al Ilmo. Sr. Obispo, y hecho el cumplimiento debido à los Señores de la Real Audiencia, se presentó la Carta que llevaban;

y como toda aquella Nobilissima Ciudad, con sus Dignissimas Cabezas, tenian pedida Fundacion de Colegio, fue muy facil condescender à lo que pedía el Guardian en su Carta, que era suplicar se les concediesse à los Missioneros algun Lugar comodo para Hospicio, mientras (como se esperaba) venía de España la licencia para Colegio.

Fue bien recibida la propuesta, y con mucha solemnidad se dió à los Missioneros el sitio, y Capilla del Santo Calvario; y la tarde de el dia de Corpus, à 10. de Junio de 94. con asistencia de tres Comunidades, se le dió possession à los Missioneros del Hospicio. Mantuvole en el nuestro Fr. Melchor poco menos de dos meses, gobernando con singular prudencia aquella pequeña Grey Apostolica, que dos años antes le estaba encomendada por Parente del M. R. P. Comisario General Fr. Juan de Capistrano, su fecha en la Ciudad de Guadalupe, en 9. de Marzo de 1692. años, en que dice: que por averle insinuado el Exmó. Sr. Conde de Galve, y los Señores Presidente, y Oidores de la Rl. Audiencia de Guatemala, lo mucho q̄ convendria se fundase un Colegio Seminario en aquella Ciudad, para la Conversion de las Barbaras Naciones, y los conocidos frutos de bendicion, que se avian logrado, y conseguido à la luz del Santo Evangelio, mediante el vigilante zelo, y desvelo de dicho Padre, y su Compañero, le nombra por Presidente de los demás Religiosos, que en la actualidad tuviere, ó que en el tiempo tenga, destinados al mejor, y mas soberano empleo de la reduccion, y conversion de las Barbaras Naciones, que confinan en lo circular de aquel Reyno, y las demás que en adelante se descubrieren, y le impone el merito de la santa obediencia, para la execucion

cucion de su oficio . En virtud, pues, de esta Patente, no pudo, aunque lo procuró, eximirse de ser Prelado de sus Hermanos, el que siempre deseó estar á los pies de todos. Entabló en su nuevo Hospicio una vida tan regular, como si tuviese crecido numero de Religiosos; y eran continuas las Platicas, y exortaciones al Pueblo, mucha la frecuencia de los Santos Sacramentos, y las Misiones, que salian á hacer por las calles, de que cada dia cogian nuevos frutos, y se adelanaban muchas almas en la perfeccion, creciendo en todos los Moradores de Guatemala los deseos de que aquel Hospicio llegase, quanto antes, á ser Seminario, y Colegio, para asegurar mas la compañía de los Misioneros, que si se les ausentasen, les sería de mucho dolor, por el grande afecto q̄ les avian cobrado.

Ya desde este punto, me es preciso para seguir el hilo de la Historia, separar en los cuerpos, á los que nunca se apartará en las almas, pues nuestro Fr. Melchor fue por distinto rumbo del que tomó su amante Compañero Fr. Antonio Margil, en lo que trabajó en lo restante de su vida . Y porque lo q̄ trabajaron estos dos Varones Apostolicos en la Talamanca, y en otras Provincias de Infeles, se diga, dando á cada uno la parte que le toca, quiero reproducir el numero de almas, que ambos á dos convirtieron. El Señor Obispo de Nicaragua, en el Informe que hizo á la Magestad Católica, expresa, q̄ pasaron á las Montañas de la Talamanca, y todas las penetraron á pie, y descalzos, y les predicaron el Santo Evangelio, catequizandolos, y dexando en los Pueblos quince Iglesias. La Real Audiencia de Guatemala le escribe á Su Magestad de esta suerte: „La Apostolica Vida „ de estos Religiosos, se conocerá por „ el Informe que hizo á esta Audien-

„ cia el Reverendo Obispo de Nica- „ ragua, y lo mucho que trabajaron „ en este Reyno, especialmente en la „ Talamanca, de la governacion de „ Costa-Rica, dōde se tiene por cier- „ to pasaron de quarenta mil almas „ las reducidas á nuestra santa Fè Ca- „ tolica. El Muy Ilustre Señor Dean, „ Gobernador del Obispado de Guate- „ mala, corrobora lo dicho por estas pa- „ labras: „Es innegable verdad, que a- „ viendo penetrado solos las Monta- „ ñas del Lacandón, en ellas, y en la „ Talamanca, y distrito de Costa-Rica „ redujeron á la Christiana Religion „ mas de quarenta mil almas, congre- „ gando los Barbaros Idolatras Gen- „ tiles, á Poblaciones, è Iglesias, que „ les fabricaron . El Muy Ilustre, y „ Venerable Cavildo Sede-Vacante, se „ explaya en esta forma: „Penetraron „ solos las Montañas del Lacandón, „ acreditando su Religiosa animosi- „ dad el Reverendo Obispo de Nica- „ ragua por sus informes á V. Rl. Au- „ diencia de esta Corte; y su fervoro- „ so zelo, y asperissimo trabajo en „ este Reyno, que con especialidad „ há reducido en la Talamanca, y en „ el distrito de Costa-Rica, mas de „ quarenta mil almas á nuestra „ Santa Fè.

## CAP. XXIX.

Salte de nuevo para la Talamanca, y despues se ocupa en otras Conversiones de Infeles

**M**ientras se dispusieron las cosas convenientes para el nuevo Hospicio, perseveró el V. P. en Guatemala, sirviendo su presencia de dar practicada en sus obras la Vida Apostolica, que avian de seguir todos sus Compañeros. Antes de resolverse su partida para las Conversiones de la

Ta.

Talamanca, con parecer de los demás Religiosos, despachó á su antiguo Compañero el V. Margil, con el P. Fr. Pedro de la Concepcion, y Uriaga, para un Pueblo de los Choles, nombrado Belén, en la Provincia de la Vera-Paz, para que aprendiesen la lengua Cholti; y que despues de N. P. San Francisco fuesen á reconocer las Iglesias, q̄ en la Montaña de los Choles avian erigido, y congregado los Indios, que se huviesen retirado de sus Pueblos, con el designio, de q̄ estando dispuesta para el año siguiente la entrada de nuestros Españoles para el Petén, quedasen todos aquellos Pueblos con las nuevas providencias, enteramente reducidos . A todas partes estendia las alas de su fogoso zelo; y al mismo tiempo que destinaba á estos dos Operarios para las Provincias del Norte, dispuso tomar para sí la Jornada á las Provincias del Sur, cogiendo lo mas dilatado, y trabajoso para sí, y su Compañero, como lo es sin duda, la Infidelidad de Costa-Rica, y Talamanca . Por Carta de este año de 94. consta, que despues del Jubileo de Porciuncula, salió para Costa-Rica, acompañado del insigne Misionero Fr. Pablo Rebullida, que enseñado en la Escuela del V. Fr. Melchor, salió tan gran Ministro de toda aquella dilatada infidelidad de la Talamanca, q̄ pudo suplir á toda satisfaccion, la falta de los dos primeros Apostoles de aquel Reyno, quedando despues que el V. Fr. Melchor, quebrantado de sus males, se volvió á Guatemala, con el cargo insoportable de todas aquellas Conversiones.

Pusose en camino con el mismo aparato que la primera vez, á pie, desnudo, y con solo un Santo Crucifixo, y el Ornamento para decir Misa, y el Compañero, tan desnudo de todo, que á las primeras jornadas no dejó de extrañar la falta del calzado; y con

tener un pie muy hinchado no dejaba de seguir los pasos Apostolicos del Venerable Anciano; cuyos pies, como testifica en su Carta el V. P. Margil, siempre estaban con llagas, porque era naturalmente delicado, y qualquiera lagita le costaba mucho tiempo para cerrarse; y si una se le cerraba, se le abria: tres, ò quatro . Con todo este trabajo, que el solo bastaba para acobardar al animo mas fuerte, emprendió este incáfsable Varon la nueva entrada en la Talamanca; y despues, que á costa de tantas fatigas, llegó á las Conversiones, que avia plantado, fue tan grande el consuelo de su espíritu, que le hacia olvidar todos los trabajos que tenia padecidos; y se entregó de nuevo con su Compañero, en ir visitando todas aquellas Parcialidades, renovando las memorias, que el tiempo avia borrado en muchos de los Convertidos, por la ausencia que avia hecho de ellos en dos años . No fueron menos los trabajos, hambres, y penalidades que se le ofrecieron, como en la vez primera; pues aunque en algunos de los que avia convertido encontró buena acogida, y se congratulaban de tener ya en su tierra al q̄ miraban con amor de verdadero Padre, otros, y no eran los menos, engañados del demonio, persistian en sus antiguos errores, y le costaba nuevo empeño sacarles de la ceguedad en q̄ querian vivir obnubilados. Llevó el V. P. consigo un Indio buen Christiano de Costa-Rica, que le sirvió de interprete; y para que se vea el zelo intrépido conque reprehendia á los Idolatras, y el riesgo á que exponia su vida, le dixo en una ocasion el Indio interprete: Padre, si nosotros dixéramos á los Gentiles todo lo que tú nos mandas, quanto há que nos huvieran muerto.

Assombro causa ver, q̄ un Hombre en edad camada, tan estenuado

Vvv

de

de fuerzas, que parecia un vivo esqueleto; y estaba en lo corporal tan flaco, que si tal vez, caminando, se le arrojaba el Compañero, se caía de su estado, trabajasse tanto, y nunca se confesasse rendido. Este incansable rezón de tantos años, sin el menor alivio, despertó la admiracion de muchos Varones prudéres, y enteramente virtuosos; y les hacia prorrumpir repetidas veces en estas palabras: Aquel rezón, y trabajo del P. Fr. Melchor, solo ayudado de Dios lo pudiera soportar tanto tiempo. Y no ay duda, que tenia especial asistencia de Dios, para hacer lo que hizo, que no pudiera executar lo todo el poder humano, por mas que se valiesse de la fuerza, é industria. Cada dia despues de decir Misa, y ayudarla á su Compañero, tomaban por desayuno lo que los Indios querian darles de agrestes aliméto, que era de ordinario una escudilla de maiz, ó de frijol cozido, y otras veces platanos, ó palmitos, yucas, y otras frutas sylvestres. Con este corto sustento, salian cada uno por su lado á visitar los Enfermos en sus Cabañas; y quando encontraban algun moribundo, no se apartaban de él, hasta q se confesasse, si era Christiano; ó hasta que recibiesse el santo Bautismo, si era Gentil, ayudandoles en aquella tremenda hora, hasta que aseguraban que aquella alma dexasse prendas de su salyacion. Con los Niños, y Niñas tenian tan particular cuidado, que á hora señalada les juntaban en la Iglesia, y les iban enseñando las Oraciones; y despues que estaban bien instruidos, los iban bautizando, y los enseñaban á cantar el Alabado, y otras devociones, conque se entretenian aquellos pobres innocentes, y se andaban como Corderitos tiernos, siguiendo los Padres adonde quiera que iban. Lo que costaba mas trabajo era catequizar los adultos; pero como un tra-

bajo tomado con tezon todo lo venice, allí venia el del V.P. por su constancia la dureza de aquellos Barbaros, que pudieran hacer competencia con las piedras.

Segun lo que he podido rastrear, cotejando las Cartas escritas por este tiempo, solo puedo inferir, q el V. P. en esta ocasion no penetró lo mas remoto de la Talamanca, por la corta salud conque se hallaba, y allí alcanzó solaméte á visitar las primeras Naciones mas inmediatas á Costa-Rica; pues ayiéndolo tan suma distancia de lenguas, como las que saben los prácticos, de Guatemala al centro de la Talamanca, hallo, que el año siguiente de 95. por Noviembre, avia buelto al nuevo Hospicio, que se avia fundado en Guatemala. Poco mas de un año sale, por el computo que tengo ajustado, aver empleado en compañía del V. Fr. Pablo Rebullida; y yendo este tan maltratado de los pies, como diximos, y el V. P. muy quebrado de salud, es preciso formar juicio, de que tardarian mucho tiempo en ir, y volver de esta jornada; y mas quando iban haciendo Mission en los Pueblos de los Christianos por donde transitaban. Conociendo el Siervo de Dios, que su Magestad le atajaba los passos para proseguir en las fragosas Montañas de la Talamanca, dió la bueltra á Guatemala, cõ animo de remitir otros Operarios, que trabajassen en aquella copiosa miez, q años antes avia cultivado con lagrimas, sudores, y manifiestos peligros de la vida, como lo executó poco despues. Entre las cosas que le parecieron convenientes para que el Instituto Apostolico se radicasse en aquel Reyno, fue, procurar, como todos deseaban, la fundacion de Colegio; y viendo que tardaba el venir la Cedula de la Magestad Catolica, que estaba impetrada, determinó remitir nuevamente, con informes, á

un Religioso Layco, de mucha virtud, y prendas, como lo era Fr. Pedro de San Buenaventura, á quien dió Patente, como Prelado de aquel Hospicio, para que viniessse á Mexico, y conficiesse lo mas conveniente con el M. R. P. Comissario General; y si le pareciesse, con su bendicion, passaria á los Reynos de España á conseguir la Cedula, que por falta de Agente no se avia negociado. La fecha del V. Fr. Melchor, es de 16. de Noviembre de 1695.

Como las muchas aguas de tribulaciones, y enfermedades, no podian apagar la Caridad, que siempre ardía en el pecho de este Varon memorable, cuyos deseos eran de que todas las almas sirviessen á Dios, y que todos los Gentiles lo conociessen: yá que por sí no podia bolver á engolfarse en las procelosas, y amargas aguas de la Gentilidad, señaló para ella dos insignes Operarios, de cuyo ardiente zelo confiaba, que roda la Talamanca entraria al gremio de la Santa Madre Iglesia. Tocó esta suerte dichosa á los Venerables Fr. Francisco de San Joseph, y Fr. Pablo de Rebullida, que desde esta ocasion se mantuvieron dilatados años en la gloriosa empresa de la Conversion de la Talamanca, hasta que él uno rindió la vida martyrizado; y el otro prosiguió descubriendo nuevos Pueblos de Gentiles, hasta penetrar las tierras del Perú, donde despues de aver trabajado gloriosamente, murió el año de 36. del corriente siglo, en la edad avanzada de 82. años, en el Colegio de Ocopa de aquel Reyno; cuya Vida, y hechos memorables, están haciendose informaciones de todos ellos para darlos á la estampa. Bolvamos á nuestro Fr. Melchor, que es nuestro principal assumpto; y despues de vérle tan estenuado con el rigor de sus penitencias, debo advertir, q con los muchos ca-

minos, é imponderables trabajos, que tenemos referidos, padeciò doce años una quebradura, que aunque á los principios en ocho años, no le sirvió de molestia, pero los quatro ultimos le fatigó este achaque en estremo; y en una ocasion se vió tan á los ultimos, q se dispuso para morir con todos los Santos Sacramentos, que le administró su amante Compañero Fr. Pedro de la Concepcion, y Urtiaga, con quien hizo compañía, hasta que en sus manos rindió la vida á su Criador. Con este Compañero predicó en muchos Lugares del Obispado de Comayagua, y despues se entraron juntos entre los Infielos de la Tologalpa, procurando la reduccion de los Indios Xicaques, Payas, y otras Naciones, donde perseveró hasta la muerte.

Muy desde los principios de la Fundacion de la Provincia del Santo Nombre de JESUS de Guatemala, entraron los Religiosos de la Orden Serafica en las Provincias de Honduras, llamadas vulgarmente de los Xicaques, en donde habitan tanta multitud de Gentiles, que los Indios ya reducidos, para explicar su crecido numero, dicen: son mas que los pelos que tienen los Venados. En la Conversion de estas Gentes, derramaron su sangre por predicar la Fè de Christo muchos insignes Varones, que hermoscaron lo pardo del Sayal Franciscano, con la purpura de sus venas; de que hace mencion muy honorifica la Chronica de Guatemala, donde puede leerse su martyrio, en la segunda parte Lib. 5. Despues en los años siguientes, no desistió de esta empresa, y hasta el tiempo presente se han ocupado muchos Operarios Seraficos en el cultivo de esta Viña. Con el deseo de entrar en parte en esta laboriosa empresa, con el beneplacito de aquella Santa Provincia, entró en estas tierras el V. Fr. Melchor, con el Compañero

ta ocasión para sus Misiones de la Gentilidad en compañía del V. P. Fr. Antonio Margil, al salir de la Ciudad de Guatemala, en el Arco que llaman de la Concepcion, descendió de los Cielos N. S. P. S. Francisco, y se puso en medio de sus dos Hijos para acompañarlos, teniendo la capilla calada, y en la mano diestra, que correspondia á Fr. Melchor, un Crucifijo, y en la siniestra, que correspondia á Fr. Antonio, un ramo de Azucenas. Este caso, q̄ sin mudar la substancia, se refiere en el Funeral del V. Fr. Melchor; y no se hace mencion del Compañero, que entonces vivia; despues, en el Funeral del V. P. Margil, predicado en Guatemala, se dice, que estaba ausente el P. Fr. Antonio en la Conquista del Peten; pero aviendose sabido esta aparicion de N. S. P. porque la manifestó la Extatica Señora Doña Ana Guerra, á quien le mostró el Señor en vision la merced de aparecerle á sus Siervos, es constante, q̄ no pudo ser la ultima vez que salió el V. Fr. Melchor de Guatemala; pues he tenido en mis manos los papeles originales de esta Sierva de Dios, y de ellos facó la noticia para su Sermon el Ilmo. D. Fr. Pedro de Urriaga; pues no se hallará la menor insinuacion de q̄ lo supiese de los VV. PP. Fr. Melchor, ni Fr. Antonio, que como tan humildes, y circunspectos, callaron muchos favores que el Señor les hizo; y ni aún á sus mayores amigos descubrian el arcano de sus pechos. No me parece agravio á la verdad del hecho, refiriendolo, arreglado á la relacion autentica; pues las circunstancias accidentales, no varian la substancia de la cosa.

## CAP. XXX.

Excelencias de las Virtudes, q̄ resplandecieron en la Vida de este V. P.

**Q**UIEN atentamente considerare lo mucho que trabajó el V. Fr. Melchor en la predicacion Apostolica, y en la Conversion de los Infieles, verá, quàn ajustado le viene el titulo, que la piedad devota le ha dado de nuevo Apostol del Reyno de Guatemala. Con una gracia muy especial parece quiso el Cielo consagrarle este titulo, pues salido en cierto

ta ocasión para sus Misiones de la Gentilidad en compañía del V. P. Fr. Antonio Margil, al salir de la Ciudad de Guatemala, en el Arco que llaman de la Concepcion, descendió de los Cielos N. S. P. S. Francisco, y se puso en medio de sus dos Hijos para acompañarlos, teniendo la capilla calada, y en la mano diestra, que correspondia á Fr. Melchor, un Crucifijo, y en la siniestra, que correspondia á Fr. Antonio, un ramo de Azucenas. Este caso, q̄ sin mudar la substancia, se refiere en el Funeral del V. Fr. Melchor; y no se hace mencion del Compañero, que entonces vivia; despues, en el Funeral del V. P. Margil, predicado en Guatemala, se dice, que estaba ausente el P. Fr. Antonio en la Conquista del Peten; pero aviendose sabido esta aparicion de N. S. P. porque la manifestó la Extatica Señora Doña Ana Guerra, á quien le mostró el Señor en vision la merced de aparecerle á sus Siervos, es constante, q̄ no pudo ser la ultima vez que salió el V. Fr. Melchor de Guatemala; pues he tenido en mis manos los papeles originales de esta Sierva de Dios, y de ellos facó la noticia para su Sermon el Ilmo. D. Fr. Pedro de Urriaga; pues no se hallará la menor insinuacion de q̄ lo supiese de los VV. PP. Fr. Melchor, ni Fr. Antonio, que como tan humildes, y circunspectos, callaron muchos favores que el Señor les hizo; y ni aún á sus mayores amigos descubrian el arcano de sus pechos. No me parece agravio á la verdad del hecho, refiriendolo, arreglado á la relacion autentica; pues las circunstancias accidentales, no varian la substancia de la cosa.

Como quiera, que ello aya sucedido, en lo que no se puede poner duda, es, aver favorecido el Señor á nuestro Fr. Melchor con la Celestial Visita de su Padre Serafico, q̄ teniendo

do en las manos la Imagen de Christo Crucificado, era decirle con voces interiores, q̄ predicasse en todas partes las glorias de la Cruz, y del Crucificado, plantando el Estandarte de la Fè en medio de las Barbaras Naciones, q̄ el le acompañaria espiritualmente en todas sus empresas. Quando el Grande Alexandro dió principio á sus Conquistas, dice Flavio Josepho, que le apareció un Sugeto vestido de los Ornamentos, que usaba el Sumo Sacerdote de Jerusalem, y le dixo: Anda, Alexandro, q̄ yo te acompañaré, y te ayudaré en todo. De este auxilio tan superior le vinieron á Alexandro tantos triumphos. Pero mejor exemplar tenemos en las Divinas Letras, quando apareció al valerosissimo Gedeon un Celestial Paranimpho; y animandole á pelear contra los Madianitas, le prometió, que el Señor le asistiria, por estas palabras, dichas en nombre de su Divina Magestad: Yo estaré contigo. En las cuales, como dice Theodoro, fue tanto como decirle: Toma esta empresa en virtud de la Fè de que Dios estará contigo, y véceras á todos tus enemigos. Substituyó en nuestro caso por el Angel el Humano Serafin, y en nombre de Christo Crucificado le prometió á este Gedeon de la Ley de Gracia, que como fuellè armado con la Fè, que le anunciaba, y prometia el Crucificado, saldria con vencimiento de aquellos Barbaros Madianitas; y que le libraría de todos los peligros, que amenazassen á su vida, que todo esto pudo interiormente percibir el Siervo de Dios; y por los efectos, se conoció esta especial asistencia del Cielo, pues vemos que de milagro escapó de la muerte, que intentaron muchas veces darle, ya con venenos activos, ya con otros tormentos, bastantes á privarle de vitales alientos. Todos estos triumphos se debieron á la viveza de su Fè,

que tuvo siempre en grado tan heroico, como acreditan las muchas operaciones de esta virtud, alimentandose siempre, y viviendo de Fè.

Es la Fè, credito de lo que no vemos, y substancia de lo que esperamos, puerta de la salvacion, y fundamento de todas las obras virtuosas. Desde que comenzó el V. P. la vida de la perfeccion, creció en esta virtud, y fue cobrando fuerzas con actos repetidos de Religion. Jamás dejó de celebrar el incruento Sacrificio de la Misa, aunque estuviessè entre Infieles, en Montañas, en caminos, y cercado de inconvenientes, y achaques. Por estender la noticia de la Fè, quiso ser morador de los Santos Lugares de Jerusalem, y para ello tuvo ya conseguida licencia, esperando tener la dicha de derramar su sangre, predicando la Fè en aquellos Lugares, donde vertió la suya el Redemptor Divino. No pudiendo caminar para Jerusalem, se alistó en la Cruz de Piedra de este Santo Colegio, para propagar la Fè, que es el blanco principal de su Instituto. Por estender la Fè, no quiso admitir la Prelacia de la Santa Recoleccion de Campeche; y despues, que con imponderables trabajos llegó al Reyno de Guatemala, corrió por dos veces, predicando Apostolicamente por todos aquellos Obispos, deserrando la Idolatria oculta, q̄ avia en muchos Indios Christianos, y despues penetró las Montañas de los Talamancas, Terrabas, y otras muchas Naciones, en las cuales deseó con mucha viveza de Fè, dar su sangre, por rescatar aquellas Almas del Infierno. Prueba de su Fè era el ardiente desseo, que siempre tuvo de que se aumentassen los Ministros de Dios, que llevados del zelo de las almas, ó predicassen con defen-gaño entre Catolicos, ó que publicassen esta misma Palabra Divina entre Gètiles. De aqui nacia aquellas pala-